

# TRACE

**Traditional Children's Stories for a common  
Future**

**Las alas de Ícaro y Dédalo**



Co-funded by the  
Erasmus+ Programme  
of the European Union



Érase una vez, hace mucho tiempo, un artista con talento. Su nombre era Dédalo e hizo uso de su arte para construir edificios y templos. Fue probablemente el mejor arquitecto de su época.

El rey Minos invitó a Dédalo a la encantadora isla de Creta, pues quería que construyese un laberinto como hogar para su querida mascota, el Minotauro. El Minotauro era un monstruo horrible, con una cabeza de toro sobre un cuerpo humano. El rey lo amaba y quería que tuviera un bonito hogar.

Dédalo se sorprendió un poco por la elección de mascota del rey, pero un trabajo era un trabajo. Planeó hacer del laberinto un reto, tan complicado que cualquiera que entrase en él se perdería hasta que fuera rescatado. De esa manera, el rey estaría contento, el monstruo estaría encerrado, y la gente estaría a salvo. No tenía la menor duda de que podría diseñar un laberinto así, era un gran arquitecto.

Dédalo trajo consigo a su hijo Ícaro, ya que estaba seguro de que al niño le gustaría nadar y jugar con los otros niños de la isla. Tanto Dédalo como Ícaro estaban contentos de haber venido y el rey Minos estaba contento con su laberinto. La isla era tranquila y agradable, así que Dédalo no tenía prisa por irse.

Un día, un grupo de griegos navegaron hacia la isla. Al día siguiente, zarparon a salvo, llevándose con ellos a la encantadora hija del rey y dejando tras de sí a un Minotauro muerto.

El rey Minos estaba fuera de sí a causa del dolor. No creía que nadie hubiera podido entrar en el laberinto y escapar con vida sin la ayuda de alguien y muy probablemente aquella había sido la ayuda del hombre que había diseñado el laberinto en primer lugar. Sí, los muchachos fueron ayudados, pero no por Dédalo. Aun así, el rey Minos castigó al inocente Dédalo manteniéndolo a él y a su hijo pequeño, Ícaro, prisioneros en la isla de Creta.

Dédalo trató de pensar en cómo escapar. Un día, se fijó en los pájaros que volaban en el cielo y le dieron una idea: ¡Alas! Necesitaba unas alas. Dédalo comenzó a reunir todas las plumas de pájaro que pudo encontrar y las pegó con cera. Cuando tuvo dos pares de alas listas, advirtió a su hijo pequeño que no volara demasiado cerca del sol o la cera se derretiría.

Dédalo sujetó las alas a sus brazos, las agitaron y levantaron el vuelo hacia el cielo. Dejaron la isla de Creta muy atrás, el agua brillaba debajo de ellos hasta donde podían ver. El cielo era azul y la brisa era fuerte, más que suficiente para mantenerlos en el aire. ¡Era glorioso!

Ícaro volaba cada vez más alto, tan alto que antes de que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, el sol había comenzado a derretir la cera de sus alas. Sintió cómo caía y movió los brazos cada vez más rápido, pero no sirvió de nada. El pobre se sumergió en el agua y se ahogó.

Tristemente, Dédalo continuó solo.